

LA CONSTITUCION ONTO-TEO-LOGICA DE LA METAFISICA*

ESTE SEMINARIO intentaba iniciar un diálogo con Hegel. El diálogo con un pensado pensador puede tratar sólo del asunto [Sache] del pensar. Según la determinación dada, "asunto" mienta el caso en litigio, lo que se halla en litigio, lo único que para el pensar es *el* caso que le concierne. Sin embargo, la disputa sobre esto en litigio no es el pensar el que la abra por afán de nimiedades. El asunto del pensar es lo en sí en litigio de una disputa. Nuestra palabra disputa [Streit] (a. a. a. strit) no mienta precisamente la discordia, sino el apremio. El asunto del pensar apremia al pensar de tal modo que lo lleva ante todo a su asunto y de allí lo trae hacia sí mismo.

[38] El asunto del pensar es para Hegel: El pensar en cuanto tal. Para no malentender esta circunscripción del asunto, a saber, el pensar en cuanto tal, como algo psicológico o como algo propio de la teoría del conocimiento, debemos agregar a modo de aclaración: El pensar en cuanto tal —en la plenitud desarrollada de la pensabilidad de lo pensado. Lo que aquí se denomina pensabilidad de lo pensado podemos comprenderlo únicamente a partir de Kant, desde la esencia de lo trascendental, que Hegel, sin embargo, piensa absolutamente, lo que para él quiere decir, especulativamente. A ello apunta Hegel cuando dice sobre el pensar del pensar en cuanto tal que se ha desarrollado "puro en el elemento del pensar" (Enc., Introducción, § 14). Designado con un título conciso, pero que muy difícilmente puede ser concebido de manera adecuada, lo anterior significa: El asunto del pensar es para Hegel "el pensamiento". Mas éste es, desplegado hacia su más alta libertad esencial, "la Idea absoluta". De ella dice Hegel hacia el final de la "Ciencia de la Lógica" (Ed. Lass. T. II, 484): "sólo la Idea absoluta es *Ser, vida* impercedera, *verdad que se sabe* a sí misma, y es *toda verdad*". Así pues, Hegel mismo y de modo expreso, da al asunto de su pensar aquel nombre que está sobre el asunto todo del pensar occidental, el nombre: *Ser*.

[39] (En el Seminario fue discutido el uso múltiple y sin embargo unitario de la palabra "Ser". Ser significa para Hegel en primer lugar, pero *de ningún modo únicamente*, la "inmediatez indeter-

¹Traducción de la segunda parte del libro de Martin Heidegger, titulado *Identität und Differenz* (Neske, Pfullingen, 1957). Ha sido realizada por Luis

Hernández Volosky y revisada por Francisco Soler Grima. Los números al margen de las páginas se refieren a las correspondientes de la edición alemana.

minada". Ser es visto aquí desde la mediación determinante, es decir, a partir del concepto absoluto y, por tanto, con vistas a éste. "La verdad del Ser es la esencia", es decir, la reflexión absoluta. La verdad de la esencia es el concepto en el sentido del infinito saberse. Ser es el absoluto pensarse del pensar. Sólo que el pensar absoluto es la verdad del Ser, "es" Ser. Verdad se llama aquí eminentemente a: el estar sabido cierto de sí mismo de lo sabible en cuanto tal).

Sin embargo, Hegel piensa adecuadamente el asunto de su pensar a la vez en un diálogo con la historia antecedente del pensar. Hegel es el primero que puede y tiene que pensar así. La relación de Hegel con la Historia de la Filosofía es la relación especulativa, y, sólo en cuanto tal, una relación histórica. El carácter del movimiento de la historia es un acontecer en el sentido de proceso dialéctico. Hegel escribe (Enc., § 14): "El mismo desarrollo del pensar que se presenta en la Historia de la Filosofía, se presenta en la filosofía misma, pero liberado de aquella exterioridad histórica, *puro en el elemento del pensar*".

[40] Aquí nos desconcertamos y quedamos detenidos. Según palabras del propio Hegel, la filosofía misma y la Historia de la Filosofía deben estar en relación de exterioridad. Pero la exterioridad pensada por Hegel no es de ningún modo exterior, en el tosco sentido de lo meramente superficial e indiferente. Exterioridad denomina el fuera en que toda historia y todo real transcurso se mantienen frente al movimiento de la Idea absoluta. La dilucidada exterioridad de la historia en relación a la Idea, resulta como consecuencia de la autoexteriorización de la Idea. La exterioridad es ella misma una determinación dialéctica. Uno se queda, por tanto, muy atrás del pensamiento propio de Hegel cuando afirma que Hegel habría unificado en la filosofía el representar historiográfico y el pensar sistemático. Pues para Hegel no se trata ni de historiografía ni de sistema, en el sentido de construcción teórica.

[41] ¿Para qué estas observaciones sobre la filosofía y su relación con la historia? Ellas quisieran indicar que el asunto del pensar es para Hegel en sí histórico, pero esto en el sentido del acontecer. El carácter de proceso de este acontecer es determinado a través de la dialéctica del Ser. El asunto del pensar es para Hegel el Ser, en cuanto pensar que se piensa a sí mismo, pensar que recién llega a sí mismo en el proceso de su desarrollo especulativo y, con esto,

pensar que atraviesa grados de formas en cada caso desarrolladas de diversa manera y que, por lo mismo, estaban previamente, de modo necesario, sin desarrollar.

Y es sólo a partir del asunto del pensar así experimentado de donde surge para Hegel una máxima peculiar, la norma del modo y manera de su hablar con los pensadores precedentes.

Por tanto, si nosotros intentamos un diálogo pensante con Hegel, tenemos que hablar con él no sólo sobre el mismo asunto, sino sobre el mismo asunto y de la misma manera. Pero lo mismo no es lo igual. En lo igual desaparece la diversidad. En lo mismo aparece la diversidad. Y aparece tanto más apremiante cuanto más decididamente es tocado un pensar por el mismo asunto y de la misma manera. Hegel piensa del Ser de lo ente especulativa-históricamente. Ahora bien, en cuanto el pensar de Hegel pertenece a una época de la historia (lo que no quiere decir, del pasado), nosotros intentamos pensar de la misma manera, es decir, históricamente, el Ser pensado por Hegel.

[42] El pensar permanece en su asunto sólo si por medio de tal permanecer en eso se hace más asumidor y sólo si el mismo asunto se le hace más litigioso. De esta manera, el asunto exige del pensar que éste retenga al asunto en su trama y que enfrente a esa trama a través de una correspondencia, para llevar así el asunto a lo que él aporte. El pensar que permanece en su asunto, si este asunto es el Ser, tiene que entregarse al aporte [Austrag] del Ser. Según esto, en el diálogo y para él, tenemos que hacernos clara de antemano la mismidad del mismo asunto. Según lo dicho, esto exige poner a la luz, junto con la diversidad del asunto del pensar, al mismo tiempo, la diversidad de lo histórico en el diálogo con la historia de la filosofía. Semejante aclaración tiene que hacerse aquí necesariamente de manera breve y esbozada. Attendemos a través de tres puntos al propósito de una aclaración de la diversidad prevalente entre el pensar de Hegel y el intentado por nosotros.

Preguntamos:

1. ¿Cuál es allí y aquí el asunto del pensar?
2. ¿Cuál es allí y aquí la norma para el diálogo con la historia del pensar?
3. ¿Cuál es allí y aquí el carácter de este diálogo?

A la primera pregunta:

- [43] Para Hegel el asunto del pensar es el Ser respecto de la pensabilidad de lo ente en el pensar absoluto y en cuanto tal. Para nosotros el asunto del pensar es el mismo, por ende, el Ser, más el Ser respecto de su diferencia con lo ente; es decir, tomado aún más estrictamente: Para Hegel el asunto del pensar es el pensamiento en cuanto concepto absoluto. Para nosotros el asunto del pensar, designado provisoriamente, es la diferencia en cuanto diferencia.

A la segunda pregunta:

- [44] Para Hegel, la norma del diálogo con la historia de la filosofía reza así: Ingresar en la fuerza y en el círculo de lo pensado por los pensadores anteriores. No casualmente pone Hegel su máxima en el curso de un diálogo con Spinoza y antes de un diálogo con Kant (*Ciencia de la Lógica*, Libro III, Lasson, tomo II, p. 216 sqq.). Hegel encuentra consumado en Spinoza el "punto de vista de la sustancia", que, sin embargo, no puede ser el más alto, porque el Ser aún no está pensando, ni lo está decididamente, desde el fundamento, como pensar que se piensa. El Ser en cuanto sustancia y sustancialidad no se ha desplegado todavía en el sujeto en su absoluta subjetividad. Sin embargo, Spinoza resuena de modo siempre nuevo en todo el pensar del Idealismo Alemán, haciéndolo caer al mismo tiempo en contradicción, dado que Spinoza hace al pensar comenzar con lo absoluto. Por el contrario, el camino de Kant es otro y mucho más decisivo que el sistema de Spinoza para el pensar del Idealismo Alemán y para la filosofía en general. Hegel ve en el pensamiento kantiano de la síntesis originaria de la apercepción, "uno de los más profundos principios para el desarrollo especulativo" (Loc. cit., p. 227). Hegel encuentra la fuerza respectiva de cada pensador en lo pensado por ellos, en tanto lo pensado puede ser superado, en cada caso como grado, en el pensar absoluto. Y éste es absoluto únicamente porque se mueve en su proceso dialéctico-especulativo y, para ello, exige la gradación.

Para nosotros, la norma del diálogo con la tradición histórica es la misma, siempre que se trate de ingresar en la fuerza del pensar anterior. Sólo que nosotros no buscamos la fuerza en lo ya pensado, sino en lo impensado, aquello desde lo cual recibe lo pensado su ámbito esencial. Sin embargo, lo ya pensado apronta

tan sólo a lo aún impensado, para regresar siempre de nuevo a su superabundancia. La norma de lo impensado no conduce a absorber lo pensado anteriormente en una sistemática y en un desarrollo cada vez más elevado y superador de lo ya pensado, sino [45] que exige dejar libre al pensar tradicional en su aún conservado haber sido. Este domina inicialmente la tradición, esenciándola siempre de antemano, mas sin que sea ni propiamente pensado, ni pensado en cuanto lo iniciante.

A la tercera pregunta:

Para Hegel, el diálogo con la historia precedente de la filosofía tiene el carácter de la superación, es decir, del concebir mediatizante en el sentido de la fundación absoluta.

Para nosotros, el diálogo con la historia del pensar no tiene ya el carácter de la superación, sino el del paso atrás.

La superación conduce al ámbito reunidor-peralante de la verdad puesta absolutamente, en el sentido de la certidumbre plenamente desplegada del saber que se sabe.

El paso atrás apunta a la región que ha sido hasta ahora pasada por alto, la región desde donde la esencia de la verdad llega a ser lo más digno de ser pensado.

Luego de esta concisa designación de la diversidad del pensar hegeliano y del nuestro respecto al asunto, respecto a la norma y al carácter de un diálogo con la historia del pensar, intentemos poner en marcha el diálogo iniciado con Hegel un poco más claramente.

[46] Se trata de: nos arriesgamos al intento del paso atrás. El título "paso atrás" se presta a múltiples malas interpretaciones. "Paso atrás" no mienta un paso aislado del pensar, sino la manera del movimiento del pensar y un largo camino. Ahora bien, en cuanto el paso atrás determina el carácter de nuestro diálogo con la historia del pensar occidental, saca al pensar, en cierto modo, fuera de lo pensado hasta ahora en filosofía. El pensar retrocede frente a su asunto, el Ser, y lleva así a lo pensado a un enfrente en que divisamos el todo de esta historia y, por cierto, con respecto a lo que constituye la fuente de todo este pensar, en tanto ella le prepara al pensar el ámbito de su morada. Esto, a diferencia de lo que pasa con Hegel, no es un problema ya planteado y entregado, sino lo que ha quedado incuestionado a lo largo de toda esta historia del pensar. Lo denominamos provisoria e inevitablemente en el lenguaje de la tradición. Hablamos de la *diferencia* entre el Ser

y lo ente. El paso atrás va de lo impensado, de la diferencia en cuanto tal, a lo que está por pensar. Esto es el *olvido* de la diferencia. El olvido que está aquí por pensar es el velamiento [47] [Verhüllung] de la diferencia en cuanto tal, pensada desde la $\Lambda\eta\theta\eta$ (ocultamiento [Verbergung]), velamiento que, a su vez, se ha retraído en los comienzos. El olvido pertenece a la diferencia, porque ésta obedece a aquél. El olvido no cae sobre la diferencia posteriormente como consecuencia de una distracción del pensar humano.

La diferencia de ente y Ser es el ámbito en cuyo interior la Metafísica, el pensar occidental en el todo de su esencia, puede ser lo que es. El paso atrás se mueve, pues, desde la Metafísica hacia la esencia de la Metafísica. La indicación sobre el uso que da Hegel a la palabra conductora de múltiple significación "Ser", permite reconocer que el hablar de Ser y ente nunca se puede fijar a una época de la historia del lucimiento de "Ser". El hablar del "Ser" tampoco entiende ese nombre en el sentido de un género, bajo cuya vacía universalidad se agruparan como casos singulares las doctrinas de lo ente, historiográficamente representadas. "Ser" habla cada vez destinadoramente y por eso está transido de tradición.

[48] Ahora bien, el paso atrás de la Metafísica a su esencia exige un tiempo y una aplicación cuyas medidas no conocemos. Sólo una es clara: el paso requiere una preparación que aquí y ahora tiene que ser acometida; pero esto, con respecto al ente en cuanto tal y en total, tal como ahora *es* y tal como comienza a mostrarse cada vez más unívocamente. Lo que ahora *es*, está acuñado por el señorío de la esencia de la técnica moderna, señorío que se presenta ya en todos los dominios de la vida a través de rasgos denominables de múltiples maneras, tales como funcionalización, perfección, automatización, burocratización, información. Así como llamamos Biología a la representación de lo viviente, puede llamarse Tecnología a la exposición y conformación de lo ente dominado por la esencia de la técnica. La expresión puede servir como calificación de la Metafísica de la Era Atómica. El paso atrás desde la Metafísica a la esencia de la Metafísica, visto desde el presente y tomado desde la mirada al presente, es el paso desde la Tecnología y la descripción tecnológica y la interpretación de la época, hacia la *esencia* de la técnica moderna, que recién está por pensar.

Descátese también con esta indicación, la otra mala interpre-

tación de la expresión “paso atrás”, emparentada con la anterior, a saber, la opinión que hace consistir el paso atrás en un regreso historiográfico a los más tempranos pensadores de la filosofía occidental. Por cierto que aquello hacia donde nos encauza el paso atrás se despliega y muestra recién en la realización del paso.

- [49] Para ganar en este Seminario una mirada al todo de la metafísica hegeliana, hemos elegido como recurso una dilucidación del fragmento con que comienza el Primer Libro de la *Ciencia de la Lógica*, “La Doctrina del Ser”. Ya el título del fragmento da con cada palabra bastante que pensar. Dice así: “¿Con qué tiene que hacerse el comienzo de la ciencia?”. La respuesta de Hegel a la pregunta consiste en la comprobación de que el comienzo es “de naturaleza especulativa”. Esto es: El comienzo no es ni algo inmediato ni algo mediado. Hemos intentado decir esta naturaleza del comienzo en una frase especulativa: “El comienzo es el resultado”. Esto quiere decir muchas cosas, según la multivocidad dialéctica del “es”. En primer lugar, esto: El comienzo es —el *resultare* en el sentido estricto de la palabra— el rebote desde la consumación del movimiento dialéctico del pensar que se piensa a sí mismo. La consumación de este movimiento, la Idea absoluta, es el todo que ha cerrado ya su despliegue, la plenitud del Ser. El rebote desde esa plenitud engendra el vacío del Ser. Con este vacío debe hacerse el comienzo en la ciencia (en el absoluto saber que se sabe). Comienzo y fin del movimiento, aquello ante lo cual está este mismo, sigue siendo el Ser. El Ser esencia como el movimiento que gira en sí mismo desde la plenitud hacia la más extrema exteriorización [Entäußerung] y desde ésta a la plenitud que se consume.
- [50] Por consiguiente, para Hegel, el asunto del pensar es el pensar que se piensa a sí mismo, en cuanto el Ser que gira en sí mismo. La frase especulativa sobre el comienzo, en inversión no sólo justificada sino necesaria, dice: “El resultado es el comienzo”. Tiene que comenzarse propiamente con el resultado, en cuanto que de él resulta el comienzo.

Esto significa lo mismo que la observación que Hegel añade incidentalmente y entre paréntesis al término del fragmento sobre el comienzo (Lass. I, 63): “(y Dios tendría el más indisputable derecho de que con él fuera hecho el comienzo)”. Según la pregunta del título del fragmento, se trata del “comienzo de la ciencia”. Si ella debe tener comienzo en Dios, entonces es la ciencia de Dios;

Teología. Este nombre habla aquí en su significación posterior. Según ésta, Teo-logía es el enunciado del pensar representativo de Dios. θεόλογος, θεολογία, mientan primeramente el decir mítico-poético de los dioses, sin referencia a un dogma ni a una doctrina eclesiástica.

- [51] ¿Por qué “la ciencia” —desde Fichte éste es el nombre para la Metafísica—, por qué la ciencia es Teología? Respuesta: Porque la ciencia es el desarrollo sistemático del saber, como el cual se sabe a sí mismo el Ser de lo ente y así es verdaderamente. El título escolar para la ciencia del Ser, es decir, de lo ente en cuanto tal en general, que surge en el tránsito de la Edad Media a los tiempos modernos, reza: Ontosofía u Ontología. Ahora bien, la Metafísica occidental desde su iniciación en los griegos e, incluso, desligada de estos títulos, es, a la vez, Ontología y Teología. Por eso en la conferencia inaugural “¿Qué es Metafísica?” (1929) se determinó la Metafísica como la pregunta por lo ente en cuanto tal y en total. La totalidad de este todo es la unidad de lo ente que unifica como fundamento producente. Para quien sepa leer, esto significa: La Metafísica es Onto-Teo-Logía. Quien ha experimentado desde su procedencia nutricia a la Teología, tanto la de la fe cristiana como también la de la filosofía, prefiere hoy día, en el ámbito del pensar, callar acerca de Dios. Pues el carácter onto-teológico de la Metafísica ha llegado a ser al pensar algo digno de ser preguntado, no sobre la base de algún ateísmo, sino sobre la experiencia de un pensar al que se le ha mostrado la unidad aún impensada de la esencia de la Metafísica en la Onto-Teo-Logía. Esta esencia de la
- [52] Metafísica continuará siendo cada vez más lo-más-digno-de-ser-pensado para el pensar, siempre que el pensar no rompa caprichosamente y, por eso, sin sentido para el destino, el diálogo con su tradición destinadora.

La Introducción añadida a la quinta edición de “¿qué es Metafísica?” (1949), hace indicación expresa a la esencia onto-teológica de la Metafísica (p. 17 sq., 7ª Edic., p. 18 sq.). No obstante, sería precipitado afirmar que la Metafísica es Teología porque ella es Ontología. Antes bien se diría: la Metafísica es Teología, un enunciado sobre Dios, porque el Dios llega a la filosofía. Así, la pregunta por el carácter onto-teológico de la Metafísica se agudiza en la pregunta: ¿Cómo llega el Dios a la Filosofía, no sólo a la filosofía moderna, sino a la filosofía en cuanto tal? La pregunta

puede responderse sólo si previamente se la ha desplegado suficientemente en cuanto pregunta.

Podemos pensar plena y adecuadamente la pregunta: ¿Cómo llega el Dios a la filosofía?, sólo si al mismo tiempo se ha aclarado suficientemente dónde debe llegar el Dios —la filosofía misma. Si rebuscamos en la historia de la filosofía de modo meramente historiográfico, encontraremos por todas partes que el Dios ha llegado [53] a ella. Pero, supuesto que la filosofía en cuanto pensar es el libre entregarse a lo ente en cuanto tal, realizado desde sí mismo, entonces el Dios puede acceder a la filosofía sólo en cuanto la filosofía desde sí misma, según su esencia, concede y determina que el Dios llegue a ella y cómo llegue a ella. La pregunta: ¿Cómo llega el Dios a la filosofía? recae en la pregunta: ¿Dónde está enraizada [54] la constitución esencial onto-teo-lógica de la Metafísica? Asumir la pregunta así planteada significa, empero, realizar el paso atrás.

En este paso meditamos ahora sobre la procedencia esencial de la estructura onto-teológica de toda Metafísica. Preguntamos: ¿Cómo llegan el Dios y la Teología a él correspondiente y, con ella, el rasgo onto-teológico fundamental, a la Metafísica? Planteamos esta pregunta en un diálogo con el todo de la historia de la filosofía. Pero al mismo tiempo preguntamos mirando especialmente a Hegel. Esto nos da ocasión de meditar previamente acerca de algo insólito.

Hegel piensa el Ser en su vacío, por tanto, en lo más universal. Piensa al Ser al mismo tiempo en su consumada y completa plenitud. No obstante, no llama Onto-Teo-Lógica a la filosofía especulativa, a la filosofía propiamente, sino que la llama "Ciencia de la [54] Lógica". Dándole este nombre trae Hegel a luz algo decisivo. Ciertamente, se podría aclarar en un santiamén la denominación de la Metafísica como "Lógica", mediante la indicación de que para Hegel el asunto del pensar es "el pensamiento", entendiendo la palabra como *singulare tantum*. El pensamiento, el pensar, es notoriamente y según uso ya antiguo el tema de la lógica. Ciertamente. Pero igualmente indiscutible es que Hegel, fiel a la tradición, encuentra el asunto del pensar en lo ente en cuanto tal y en total, en el movimiento del Ser desde su vacío hacia su plenitud desarrollada.

¿Mas cómo puede el "Ser" en general caer hasta presentarse como "el pensamiento"? ¿De qué otro modo, sino a través de que

el Ser es precauñado como fundamento, mientras el pensar —ya que él concuerda con el Ser— se reúne al Ser en cuanto fundamento en el modo del profundizar [Ergründen] y fundar [Begründen]? El Ser se manifiesta como el pensamiento. Esto quiere decir: el Ser de lo ente se desalberga [entbirgt] como el fundamento que se profundiza y se funda a sí mismo. Según su procedencia esencial, el fundamento, la *ratio*, son: el Λόγος, en el sentido del dejar estar delante reunidor: el “Ἐν Πάντα. Por eso para Hegel “la ciencia”, es decir, la Metafísica, no es en verdad “lógica” porque la ciencia tenga como tema el pensar, sino porque el asunto del pensar sigue [55] siendo el *Ser*, el cual, empero, desde el alba de su desalbergamiento [Entbergung] bajo el cuño del Λόγος, del fundamento fundamentante, [des gründenden Grundes], interpela al pensar en cuanto fundar.

La Metafísica piensa lo ente en cuanto tal, esto es, en general. La Metafísica piensa lo ente en cuanto tal, esto es, en total. La Metafísica piensa el Ser de lo ente tanto en la unidad profundizante de lo más general, esto es, de lo que vale igual por doquiera, como también en la unidad fundante de la totalidad, esto es, de lo más alto por sobre todo. Así es prepensado el Ser de lo ente como el fundamento fundamentante. Por ello toda Metafísica, en el fondo, desde el fundamento, es el fundamentar [Gründen], fundamentar que da cuenta del fundamento, poniéndolo en cuestión y, finalmente, pidiéndole cuentas.

¿Para qué mencionamos esto? Para experimentar en su propia gravedad los títulos gastados Ontología, Teología, Onto-Teología. Por de pronto, la manera más frecuente y habitual de tomar los títulos Ontología y Teología es la misma en que se toman otros, también familiares: Psicología, Biología, Cosmología, Arqueología. La partícula final -logía mienta de una manera completamente anodina y usual que se trata de la ciencia del alma, de lo viviente, [56] del cosmos, de lo antiguo. Mas en la -logía se oculta no sólo lo lógico en el sentido de lo consecuente y de la adecuación en el enunciar, que articula y mueve, dando y comunicando seguridad, a todo saber de la ciencia. La -Logía es, en cada caso, el todo de una conexión fundadora en la que los objetos de la ciencia son representados con respecto a su fundamento, esto es, concebidos. Mas la Ontología y Teología son “Logías” en tanto profundizan

a lo ente en cuanto tal y lo fundan en totalidad. Ellas dan cuenta del Ser en cuanto fundamento de lo ente. Ponen en cuestión al Λόγος y son, en un sentido esencial, conforme a Λόγος, es decir, son la Lógica del Λόγος. De acuerdo a ello, se llaman más precisamente Onto-Lógica y Teo-Lógica. La Metafísica, pensada de manera más adecuada a su asunto y más claramente, es: Onto-Teo-Lógica.

Ahora entendemos el título "Lógica" en el sentido esencial —que encierra también al título empleado por Hegel y así, recién explica—, a saber, como el nombre para aquel pensar que por todas partes profundiza y funda a lo ente en cuanto tal y en total desde el Ser como fundamento (Λόγος). El rasgo fundamento de la Metafísica se llama Onto-Teo-Lógica. Con ello estaríamos en condiciones de aclarar cómo llega el Dios a la filosofía.

[57] ¿Hasta qué punto tiene éxito una aclaración? Hasta donde observemos: El asunto del pensar es lo ente en cuanto tal, esto es, el Ser. Este se muestra en el modo esencial de fundamento. De acuerdo a ello, el asunto del pensar, el Ser en cuanto fundamento, es entonces pensado fundamentalmente sólo cuando el fundamento es representado como primer fundamento, πρώτη ἀρχή. El asunto originario del pensar se presenta como la cosa primera [Ur-Sache], como la *causa prima*, que corresponde al regreso fundamentador a la *ultima ratio*, la cuenta última. El Ser de lo ente es representado fundamentalmente, en el sentido de fundamento, sólo como *causa sui*. Con ello es nombrado el concepto metafísico de Dios. La Metafísica tiene que pensar hacia el Dios porque el asunto del pensar es el Ser, pero éste se esencia como fundamento de múltiples maneras: como Λόγος, como ὑποκείμενον, como sustancia, como sujeto.

Esta aclaración roza, presumiblemente, algo correcto, pero sigue siendo enteramente insuficiente para la dilucidación de la esencia de la Metafísica. Pues, ésta no es sólo Teo-Lógica. Antes bien, la Metafísica no es sólo lo uno o también lo otro. Más bien, la Metafísica es Teo-Lógica porque es Onto-Lógica. Ella es ésta porque es aquélla. La constitución onto-teológica esencial de la

[58] Metafísica no puede ser aclarada ni desde la Teológica ni desde la Ontológica, en caso de que un aclarar bastara aquí para lo que sigue estando por meditar.

Pues aún está impensada la unidad a que copertenecen la On-

tológica y la Teológica, impensada la procedencia de esta unidad e impensada la distinción de lo distinto que las unifica. Pues es evidente que no se trata ante todo de una unión de dos disciplinas de la Metafísica, cada una de ellas consistente por sí misma, sino que se trata de la unidad de *lo que* es cuestionado y pensado en la Ontológica y en la Teológica: lo ente en cuanto tal en general y lo primero, *a unas con* lo ente en cuanto tal en lo más alto y último. La unidad de este uno es de tal tipo que lo último fundamenta, a su modo, a lo primero y lo primero, a su modo, a lo último. La diversidad de ambos modos del fundamentar, recae, ella misma, en la nombrada y aún impensada distinción.

En la unidad de lo ente en cuanto tal en general y en lo más alto, descansa la constitución esencial de la Metafísica.

[59] Se trata aquí de dilucidar la pregunta por la esencia onto-teológica de la Metafísica, primeramente sólo como pregunta. Sólo el asunto mismo puede indicarnos hacia el lugar, al que dilucida la pregunta por la constitución onto-teológica de la Metafísica, suponiendo que nosotros intentemos pensar el asunto más asumi-doramente. El asunto del pensar se ha transmitido al pensar occidental bajo el nombre "Ser". Si pensamos este asunto de manera un poco más adecuada a él, si atendemos más cuidadosamente a lo que está en litigio en el asunto, entonces se muestra que: *Ser* significa siempre y sobre todo: *Ser de lo ente*, giro en el cual hay que pensar el genitivo como *genitivus obiectivus*. *Ente* significa siempre y sobre todo: ente *del Ser*, giro en el cual hay que pensar el genitivo como *genitivus subiectivus*. Hablamos, aunque con reservas, de un genitivo en dirección a objeto y sujeto, pues, objeto y sujeto son título que, por su parte, han surgido ya de una acuñación del ser. Es claro solamente que entre el Ser de lo ente y lo ente del Ser se trata, en cada caso, de una diferencia.

Según esto, pensaremos Ser más adecuadamente, si lo pensamos en la diferencia con lo ente y a éste en la diferencia con el Ser. Así tenemos la diferencia propiamente ante la vista. Si intentamos representarla, entonces nos encontramos de inmediato desviados a comprender la diferencia como una relación que nuestro representar ha añadido al Ser y a lo ente. Con ello se rebaja la diferencia a una distinción, a una hechura de nuestro entendimiento.

[60] Sin embargo, si admitimos que la diferencia es un añadido de nuestro representar, entonces surge la pregunta: ¿un añadido a

qué? Se responde: a lo ente. Bueno. Pero, ¿qué significa esto, “lo ente”? ¿Qué significa, sino: aquello que *es*? Así, depositamos en el Ser el presunto añadido, la representación de la diferencia. Pero “Ser” dice él mismo: Ser, que es *ente*. Allí donde debemos llevar la diferencia como pretendido añadido, encontramos siempre ente y Ser en su diferencia. Sucede aquí como en el cuento de Grimm, de la liebre y el erizo: “Ya estoy aquí”. Ahora se podría proceder gruesamente con este extraño asunto, a saber, que ente y Ser fueron encontrados, respectivamente, ya desde la diferencia y en ella, y aclararlo así: Nuestro pensar representativo está dispuesto y hecho de tal modo que, por decirlo así, encaja de antemano y por todas partes, más allá de su cabeza, la diferencia entre lo ente y el Ser, que proviene de la misma cabeza. De esta aclaración, aparentemente iluminadora, aunque también rápidamente terminada, habría mucho que decir y más aún que preguntar, ante todo [61] esto: ¿De dónde viene el “entre” en que la diferencia, por decirlo así, debe ser metida a empujones?

Dejemos pasar opiniones y aclaraciones, atendamos en lugar de eso a lo siguiente: Por todas partes y en todo tiempo encontramos en lo ente en cuanto tal lo que se ha llamado diferencia en el asunto del pensar, tan indudablemente, que ni siquiera nos hacemos cargo de este hallazgo como tal. Nada nos obliga tampoco a hacerlo. Nuestro pensar es libre de dejar impensada la diferencia o de pensarla propiamente como tal. Mas esa libertad no vale para todos los casos. Imprevistamente puede darse el caso de que el pensar se encuentre llamado a la pregunta: ¿Qué significa este Ser que tanto se nombra? Si con ello se muestra el Ser al mismo tiempo como Ser de . . . y, por tanto, en el genitivo de la diferencia, entonces la pregunta anterior dice más adecuadamente: ¿Qué os traéis con la diferencia, si tanto el Ser como lo ente, cada uno a su manera, aparecen desde la diferencia? Para satisfacer a esa pregunta, tendríamos que enfrentarnos con la diferencia de una manera adecuada a ella. Este enfrente se nos abre si ejecutamos el paso atrás. Pues a través del des-alejamiento aportado por él se da por primera vez lo cercano como tal y la cercanía [62] hace su primera aparición. Mediante el paso atrás dejamos libre el asunto del pensar, Ser como diferencia, en un enfrente que puede quedar absolutamente libre de objeto. .

Mirando cada vez más la diferencia y, sin embargo, soltándola a través del paso atrás en lo por pensar, podríamos decir: Ser de lo ente significa: Ser, que es lo ente. El “es” habla aquí transitivamente, transitando. Ser esencia en el modo de un tránsito [Übergang] a lo ente. Sin embargo, el Ser no transita hacia lo ente abandonando su lugar, como si lo ente pudiera, estando antes sin Ser, ser alcanzado por éste. Ser transita hacia (algo), sobreviene desalbergando (algo), que recién por tal sobrevienir [Überkommnis] adviene como lo desocultado desde sí. Advenimiento [Ankunft] significa: albergarse en el desalbergamiento y desocultamiento [Unverborgenheit], por tanto, perdurar albergado: ser ente.

Ser se muestra como el sobrevienir desalbergador. Ente en cuanto tal aparece a la manera del advenimiento que se alberga en el desalbergamiento y desocultamiento.

[63] Ser, en el sentido de sobrevienir desalbergador, y ente en cuanto tal, en el sentido del advenimiento que se alberga, se esencian como lo distinguido desde lo mismo, desde lo di-stinto. Esto entrega primeramente y mantiene separado el entre, al que se atienen, mutuamente, sobrevienir y advenimiento, donde son llevados separadamente juntos uno y otro. La diferencia de Ser y ente es, en cuanto lo di-stinto de sobrevienir y advenimiento, el *aporte desalbergador-albergador* de ambos. En el aporte domina el lucimiento de lo que se cierra velándose, dominar que entrega el estar separadamente juntos sobrevienir y advenimiento.

Al intentar considerar la diferencia en cuanto tal no la hacemos desaparecer, sino que la perseguimos en su precedencia esencial. En camino hacia ella pensamos el aporte de sobrevienir y advenimiento. En torno a un paso atrás, el asunto del pensar es, adecuadamente pensado: Ser, pensado desde la diferencia.

Por cierto hay que intercalar aquí una observación que conviene a nuestro hablar sobre el asunto del pensar, observación que exige siempre de nuevo nuestra atención. Decimos “el Ser” y empleamos entonces la palabra en la más amplia e indeterminada generalidad. Pero ya cuando hablamos sólo de una generalidad, hemos pensado al Ser de una manera inadecuada. Representamos al Ser de una manera en la cual El, el Ser, no se da jamás. El modo en que el asunto del pensar, el Ser, se comporta, sigue siendo un comportamiento único. Nuestro modo de pensar corriente puede aclararlo, pero siempre y sólo de manera insuficiente. In-

[64] tentémoslo con una ilustración [Beispiel], respecto de la cual hay que observar de antemano que en ninguna parte se da en lo ente una ilustración para la esencia del Ser, presumiblemente porque la esencia del Ser es el lustre [Spiel] mismo.

Hegel menciona una vez, como caracterización de la universalidad de lo universal, el caso siguiente: Alguien quiere comprar fruta en una tienda. Pide fruta. Le pasan manzanas, peras, le pasan duraznos, cerezas, uvas. Pero el comprador devuelve la mercancía. El quiere fruta a cualquier precio. Sin embargo, lo ofrecido *es* en cada caso fruta y, a pesar de eso, se hace evidente que no se puede comprar fruta.

Es infinitamente más imposible representar "el Ser" como lo universal de cada ente. Se da el Ser sólo en cada caso en ésta o aquella acuñación destinadora: Φύσις, Λόγος, Ἔν, Ἰδέα, Ἐνέργεια, Sustancialidad, Objetividad, Subjetividad, Voluntad, Voluntad de Poderío, Voluntad de la Voluntad. Mas esto destinador no se da en una serie como manzanas, peras, duraznos; no se da sobre el mostrador del representar historiográfico.

[65] Pero, ¿no hemos oído al Ser en el orden histórico y en la sucesión del proceso dialéctico que piensa Hegel? Ciertamente. Sólo que aquí también se da el Ser a la luz que se ha lucido para el pensar de Hegel. Esto quiere decir: la manera como se da el Ser, se determina en cada caso desde el modo como él se luce. Sin embargo, este modo es una acuñación destinadora, en cada caso epocal, que para nosotros se esencia en cuanto tal, sólo cuando la dejamos libre en su propio haber sido. Alcanzamos la cercanía de lo destinador sólo mediante lo instantáneo de la mirada de un recordar. Esto vale también para la experiencia de la respectiva acuñación de la diferencia de Ser y ente, a la que corresponde la respectiva interpretación del ente en cuanto tal. Lo dicho vale ante todo también para nuestro intento que, en el paso atrás, desde el olvido de la diferencia en cuanto tal, busca pensarla como el aporte del sobrevenir desalbergador y del advenimiento que se alberga. Por cierto que a un escuchar más atento se hace manifiesto que nosotros, en este decir del aporte, ya dejamos hablar a lo sido, en cuanto pensamos en desalbergar y albergar, en tránsito (trascendencia) y en advenimiento (presencia). Incluso es probable que, a través de la dilucidación de la diferencia entre Ser y ente en el aporte, como prerrecinto de su esencia, aparezca

[66] también algo transitante, que atraviesa el destino del Ser desde el comienzo hasta su consumación. Mas sigue siendo difícil de decir, cómo haya que pensar esta transitividad, si no es ni un universal que vale para todos los casos, ni una ley que asegura la necesidad de un proceso, en el sentido de lo dialéctico.

Lo único que atañe ahora a nuestro propósito es mirar en una posibilidad de pensar la diferencia como aporte, de tal modo que se haga más claro en qué medida la constitución onto-teológica de la Metafísica tiene su precedencia esencial en el aporte, que hace comenzar la historia de la Metafísica y que domina sus épocas y que, no obstante, ha quedado siempre oculto *en cuanto* aporte y, de esa manera, olvidado, en un olvido que aún se retrae a sí mismo.

Para facilitar tal mirar, consideremos el Ser y en él la diferencia y en ésta el aporte desde aquella acuñación del Ser, a través de la cual el Ser se ha lucido como Λόγος, como el fundamento. El Ser se muestra en el sobrevenir desalbergador como el dejar estar delante a lo que adviene, como el fundamento en los múltiples modos del aducir y producir. Lo ente en cuanto tal, el advenimiento que se alberga en el desocultamiento, es lo fundado, que, como fundado y, por tanto, como obrado, fundamenta a su modo, a saber, actúa, esto es, causa. El aporte de fundamentante y fundamentado en cuanto tal, no sólo mantiene a ambos separados uno de otro, sino que los mantiene uno hacia el otro. Los traídos separadamente están tensos en el aporte, de tal manera que no sólo Ser como fundamento fundamenta a lo ente, sino que lo ente, por su lado y a su manera, fundamenta al Ser, lo causa. Lo ente puede algo semejante, sólo en tanto él "es" la plenitud del Ser: en cuanto lo-más-ente.

Nuestra meditación llega aquí a una conexión incitante. Ser se esencia como Λόγος en el sentido del fundamento, del dejar estar delante. El mismo Λόγος como reunión, es lo uniente, lo "Ev. Sin embargo, este "Ev es doble: Por un lado, el uno uniente, en el sentido de lo primero por sobre todo y, así, lo más universal y, al par, lo uno uniente en el sentido del más alto (Zeus). El Λόγος reúne fundamentando todo en lo universal y reúne fundando todo desde el único. Señalemos de pasada, que el mismo Λόγος alberga en sí, además la procedencia esencial de la acuñación de la esen-

cia del habla y determina así el modo de decir como algo lógico, en el más amplio sentido.

- [68] En tanto Ser se esencia como Ser de lo ente, como la diferencia, como el aporte, advera lo separado y lo uno hacia lo otro de fundamentar y fundar: Ser fundamenta a lo ente; lo ente, como lo más ente, funda al Ser. Uno sobreviene al otro, uno adviene al otro. Sobrevenir y advenimiento aparecen reflejándose uno en el otro alternadamente. Hablando desde la diferencia, esto significa: el aporte es un circular, Ser y ente circulando uno en torno a otro. El fundamentar mismo aparece dentro del lucimiento del aporte como algo que *es*, que, por ello mismo, en cuanto ente, exige la correspondiente fundación a través de lo ente, es decir, la causación *y*, ciertamente, la causación exigida por la más alta causa.

Uno de los testimonios clásicos de este estado de cosas en la historia de la Metafísica, se encuentra en un texto de Leibniz, apenas atendido, texto que nombramos brevemente, "Las 24 tesis de Metafísica" (Gerh. Phil., VII, 289 sqq.; cf. *Des Satz vom Grund*, 1957, p. 51 sq.).

La Metafísica corresponde al Ser como Λόγος y, de acuerdo a ello, es en su rasgo principal, ante todo, Lógica, pero Lógica que piensa el Ser de lo ente, de acuerdo a la Lógica determinada a partir de lo diferente de la diferencia: Onto-Teo-Lógica.

- [69] En tanto la Metafísica piensa lo ente en cuanto ente en total, representa a lo ente desde la mirada hacia lo diferente de la diferencia, sin atender a la diferencia como diferencia.

Lo diferente se muestra como el Ser de lo ente en general y como el Ser de lo ente en lo más alto.

Porque Ser aparece como fundamento, es lo ente lo fundamentado; pero lo ente más alto es lo que funda en el sentido de causa primera. Si la Metafísica piensa lo ente con respecto al fundamento común que tiene cada ente en cuanto tal, entonces ella es Lógica como Onto-Lógica. Si la Metafísica piensa lo ente en cuanto tal en total, esto es, con respecto al ente más alto y que funda todo, entonces ella es Lógica como Teo-Lógica.

Porque el pensar de la Metafísica permanece entregado a la diferencia impensada en cuanto tal, la Metafísica, desde la unidad uniente del aporte, es unitariamente y a la vez, Ontología y Teología.

La constitución onto-teológica de la Metafísica surge del imperar de la diferencia que mantiene separados y uno hacia el otro, a Ser como fundamento y a ente como fundamentado-fundante, separación realizada por el aporte.

[70] Lo que esto significa remite a nuestro pensar a un ámbito para decir el cual ya no bastan las palabras conductoras de la Metafísica, Ser y ente, fundamento-fundamentado. Porque lo que estas palabras nombran, lo que representa el modo de pensar conducido por ellas, proviene, en cuanto lo diferente, de la diferencia, cuya procedencia no se deja pensar más en el ámbito visual de la Metafísica.

La mirada a la constitución onto-teológica de la Metafísica indica un posible camino para contestar, desde la esencia de la Metafísica, a la pregunta “¿Cómo llega el Dios a la filosofía?”.

El Dios llega a la filosofía a través del aporte que pensamos primeramente como el pre-recinto de la esencia de la diferencia de Ser y ente. La diferencia constituye el trazo fundamental en el edificio de la esencia de la Metafísica. El aporte otorga y distribuye al Ser en cuanto fundamento pro-duciente, fundamento que requiere el mismo, a partir de lo fundado por él, de una adecuada fundación, esto es, de la causación [Verursachung] a través de la cosa [Sache] más originaria. Esto es la causa como *Causa Sui*. Así dice el nombre adecuado para el Dios en la filosofía. A este Dios no puede el hombre rogar ni ofrendarle. Ante la *Causa Sui* el hombre no puede caer de rodillas en temor, ni puede ante este Dios hacer músicas y danzas.

[71] De acuerdo con esto, el pensar a-teo, el pensar que tiene que abandonar al Dios de la filosofía, al Dios como *Causa Sui*, está, tal vez, más cerca del Dios divino. Esto significa aquí sólo: Que está más libre para él de lo que querría reconocer la Onto-Teo-Lógica.

Con esta observación se podría arrojar alguna luz sobre el camino hacia el cual está en camino un pensar que ejecuta el paso atrás, atrás desde la Metafísica hacia la esencia de la Metafísica, atrás desde el olvido de la diferencia en cuanto tal, hacia el destino del ocultamiento del aporte, ocultamiento que se sustrae.

Nadie puede saber si, cuándo, dónde y cómo este paso atrás del pensar se despliega en un propio camino, marcha y abrir camino, necesitado en el suceso. Podría ser que el señorío de la Metafísica

más bien se consolide y, ciertamente, en la forma de la técnica moderna y de sus desarrollos desencadenados e imprevisibles. Podría ser también que todo lo que se da en el camino del paso atrás sea utilizado y reelaborado por la Metafísica que se perpetúa a su manera como mero resultado de un pensar representativo.

Así quedaría inejecutado el paso atrás mismo y no iniciado el camino que él abre y señala.

[72] Tales consideraciones se imponen fácilmente, pues no tienen ningún peso en relación a una dificultad completamente distinta, a través de la cual tiene que ir el paso atrás.

Lo difícil reside en el lenguaje. Nuestras lenguas occidentales son, en cada caso de distinto modo, lenguas del pensar metafísico. Debe quedar abierto si la esencia de las lenguas occidentales es en sí solamente metafísica y, por eso, definitivamente acuñada por la Onto-Teo-Lógica, o si acaso esas lenguas ofrecen otras posibilidades de decir y, a saber, al mismo tiempo, posibilidades de un no-decir dicente. Muy a menudo se nos ha mostrado, durante las reuniones de Seminario, lo difícil a que está expuesto el decir pensante. La palabrita “es”, que habla en nuestra lengua por todas partes y que dice del Ser, e incluso allí donde no está expresada propiamente, contiene todo el destino del Ser —desde el $\epsilon\sigma\tau\iota\nu\ \gamma\acute{\alpha}\varsigma\ \epsilon\iota\nu\alpha\iota$ en Parménides hasta el “es” de la frase especulativa en Hegel, y hasta la disolución del “es” en una posición de la Voluntad de Poderío en Nietzsche.

La mirada a esto difícil que viene del habla, debía preservarnos de amonedar precipitadamente como terminología el habla del pensar ahora intentado, y preservarnos de conversar mañana mismo sobre el aporte, en lugar de dedicar todo esfuerzo a pensar y repensar lo dicho. Ya que lo dicho fue dicho en un Seminario. Un Seminario es lo que la palabra indica, un lugar y una ocasión para diseminar aquí y allá una simiente, una semilla del meditar, que en cualquier momento y repentinamente puede brotar a su modo, y fructificar.